

CAPITULO XXIII.

Un encuentro.

Entre tanto que los gritos de los criados, las palabras de D. Félix y los ayes de Soledad que acudió á las voces dadas por todos, llenan los ámbitos de aquella habitacion, Nuñez salia de la casa de su amigo Rafael, á donde habia ido despues de haber acompañado á Leopoldo á la suya, y de haber hecho huir á los que trataron de asesinar á este último.

Desde que los infames raptos arrebataron á la hermosa Luz del lado de Rafael, Nuñez y Leopoldo, tenian la costumbre de visitarle todas las noches, puesto que él, dominado por una invencible melancolía

desde la desaparicion de su amada, se habia encerrado en su cuarto, sin querer tratar con nadie mas que con aquellos amigos que le hablaban á todas horas de la mujer que amaba.

En vano Nuñez y Leopoldo habian tratado de hacerle desistir de su resolucion convidándole al campo, á los conciertos y al teatro.

Para él no habia mas placeres que la memoria de su hermosa Luz, y asistir adonde pudiera distraerse de aquel pensamiento, decia que era arrancarle de su mundo, de su grato-dolor, de su agradable tristeza.

Era uno de esos jóvenes que, apartado del comercio de los que hacen ostencion de despreocupados y de calaveras, habia conseguido conservar puras las máximas nobles de moral y de virtud, que son en el hombre lo que el aroma en las delicadas flores que las hace apreciabiles y estimadas.

Era uno de esos jóvenes, cordial y alegre sí, pero de un alma demasiado noble para traspasar los lindes prescritos por la moral y por los deberes que impone la fina socie-

dad al que desea ser bien recibido en su escogido círculo.

Jamas confundió la afabilidad con la familiaridad, ni la franqueza con la grosería.

Era jovial sin chocarrería; ligero á veces, pero sin superficialidad; instruido sin pedantería, y modesto sin afectacion.

Le gustaba el trato de los jóvenes de su edad; pero cuando alguno se tomaba la libertad de hablar mal de las mujeres, salia en defensa de esa dulce mitad del género humano, manifestaba lo injusto que era el hombre en sus ataques, el respeto que se debia consagrar á ese hechicero sér, sujeto á nuestro capricho, lleno de virtudes, de cariño y de abnegacion; hacia juiciosas comparaciones entre la vida libre del hombre que la calumniaba y la vida oscura, humilde, sujeta y recogida de la que era blanco de sus tiros; y concluía por probar que la mas mala de las mujeres, tomada la palabra en el sentido general, era mejor que el mas bueno de los hombres.

La desaparicion de Luz no tuvo fuerzas para hacerle cambiar de opinion. Pudo in-

fluir sí, en la mutacion de su carácter, pero no de sus principios.

De jovial y alegre, se hizo triste y retirado: de franco y comunicativo, callado.

Al principio de la pérdida de la jóven destinada á ser su esposa, habia recorrido en compañía ya de Leopoldo y ya de Nuñez, todas las calles de la ciudad con la esperanza de encontrarla; pero cuando la luz de esa esperanza se extinguió entre los desengaños del tiempo como se oculta al naufrago el salvador fanal que le señala el puerto, entre las hinchadas olas que por todas partes le cercan, su espíritu desmayó del noble aliento que hasta entonces le habia animado, y se dejó dominar por una vora tristeza que iba consumiendo poco á poco su vida.

Resuelto á no frecuentar la sociedad, solo salia de su casa para cumplir con sus deberes religiosos y con los de su noble y humanitaria profesion de médico.

Aislado del trato de los hombres y encerrado en su dolor, la mayor parte del dia lo pasaba en transmitir á un cuaderno los tier-

nos sentimientos de su alma expresados en bellas poesías que luego las leía derramando sobre ellas un torrente de lágrimas.

De la casa, pues, de este recomendable jóven salía Nuñez y se dirijia á la suya, cuando al torcer la esquina de la calle de Vanegas y Hospicio de S. Nicolás, vió cruzar á paso veloz á un hombre embozado en su capa que, sin reparar en él, siguió su camino.

—¡Es él!—Dijo Nuñez para sí siguiéndole atentamente con la vista:—¡Sí; no hay duda! su modo de andar, su aire.... su estatura, y lo poco que le he podido ver del rostro.... Sí; es el hombre de la barba larga.... el que falsificó las libranzas.... el que perdió al padre de mi amigo Leopoldo.... el que tiene en ignorada y estrecha prision al desgraciado amante de Inés. ¡Ah! esta vez no se escapará de mis manos....

Y Nuñez echó á andar tras aquel hombre que iba á paso acelerado.

Dominado por la noble idea de vindicar el honor de la familia de su fiel amigo, destruir el obstáculo que se oponia á su enla-

ce, salvar al hombre que gemia en un encierro, y purgar la tierra de un monstruo, se propuso no perder de vista al autor de tantos males.

Entre tanto el hombre de la barba larga continuaba su marcha por calles lúgubres y retiradas.

Nuñez le seguia á regular distancia para no ser visto y despertar sospechas.

El embozado cruzó la plazuela de la Santísima, siguió la calle del mismo nombre, torció luego á la izquierda entrando en la de la Alegría, dejó á la izquierda la calle de los Pajaritos, pasó el Puente de la Soledad, avanzó por la calle de igual denominacion, dejando á la derecha el callejon de Lecheras, y el del Limon y á la izquierda el del Puente de S. Márcos y de la Santa Escuela, llegó frente á la iglesia de la Soledad de Santa Cruz, se dirijió por el Cuadrante de la Soledad, y torciendo á la izquierda por el Puente del Rosario, entró en la desierta, oscura y espaciosa plazuela de S. Lázaro, que se halla al fin de la po-

blacion, por la puerta que da al camino de Veracruz.

Núñez sintió muchas veces impulsos de atajarle el paso en aquel sitio por donde no pasaba una alma; pero se contuvo otras tantas, creyendo que así podría descubrir algo importante: el sitio en que gemia el amante de Inés.

La plazuela estaba envuelta en densas tinieblas.

En su inmensa extension no se descubria ni un farol que alumbrase el desigual y arenoso suelo que pisaba.

Grandes montones de basura, formando cerros, obstruian en varias partes el paso, y aumentaban la oscuridad, imprimiendo un aspecto sombrío y pavoroso á aquel sitio á todas horas lúgubre y triste.

El sombrío hospital de S. Lázaro, de arquitectura sólida, pero sin elegancia y respirando tristeza, se levantaba solitario á orillas del hediondo canal que lame sus antiguos cimientos; edificio que parece exhalar por los poros de sus rojas piedras, fétidos y mortíferos miasmas; separado del resto de

la ciudad, como lo están los desgraciados individuos que gimen dentro de sus largas salas y en los asquerosos lechos en que descansan sus llagados cuerpos (1).

Sobre la cornisa de la azotea de este asilo de la caridad y sobre la humilde y pequeña torre de su humilde iglesia, se veian multitud de hediondos zopilotes, (2) sacudiendo de vez en cuando sus negras alas, y como atraídos por el mal olor que en aquel sitio se respira.

El hombre de la barba larga anduvo como sesenta varas de la plazuela, é inclinándose á la izquierda, se detuvo enfrente de una puerta sobre la cual se veia en letras grandes, pintadas de azul, este letrero: "*Quinta.*"

Entre esta puerta y otra que estaba cubierta de un débil techo de tablas, perteneciente á un tendejon que en aquel momento

(1) Hoy solo existe el edificio y la iglesia; los enfermos fueron enviados al hospital de S. Pablo en tiempo de la administracion de D Benito Juarez en 1864.

(2) Pájaro de México; especie de grajo muy grande, negro y mayor que el cuervo, que se alimenta de inmundicias y de animales muertos.

estaba cerrado, se veía un poyo en que algunos transeuntes suelen sentarse á tomar algun ligero alimento que han comprado en el expresado tendejon.

El misterioso hombre que nos ocupa, tocó á la puerta de la "Quinta" con récios golpes; y poco despues se abrió aquella, dejando ver un largo patio con muchos cuartos de uno y de otro lado, cada cual con su correspondiente número, y en el fondo, enramada y árboles que indicaban un campo de recreo.

Nuñez, persuadido de que allí no podia vivir aquel hombre, sino que le conducian negocios secretos, se propuso esperarle, y se sentó en el poyo de la tienda, resuelto á apoderarse de él cuando saliese, presentarle á la justicia para que indagase el objeto que le habia conducido á aquel sitio, y salvar en seguida al desgraciado amante de Inés á quien creyó que tendria encerrado en algun punto de aquella casa.

El embozado entre tanto habia atravesado el largo patio, lleno de miserables viviendas á uno y otro lado, y penetró en un ter-

reno cubierto de árboles, hortaliza, algunas flores, arbustos y enramada.

Por en medio de este campo pasaba un arroyo, á cuyas orillas se encontraban colocadas con simetría, anchas losas en que las lavanderas, que por aquel rumbo viven, suelen acudir á lavar la ropa.

Junto á estos lavaderos se descubria un espacio de terreno cubierto de verde yerba, en que estaban clavadas un número considerable de largas estacas, provistas de cordeles, atados de una á otra, en que se colocaba la ropa lavada para secarla al sol.

El de la barba larga cruzó estos lavaderos; dejó á su derecha un estanque medio arruinado donde un tiempo se bañaban caballos, y llegó á una casita pequeña, pintada de blanco, que se levantaba en el ángulo izquierdo, al terminar la quinta.

Al verse allí, alzó los ojos, y vió que habia luz dentro de la pieza; subió una pequeña escalera que quedaba descubierta, y tocó á la puerta.

—¿Quién llama?

Preguntó una voz de hombre desde adentro.

—Poderosa Témis.

Contestó el de la barba, como contestó en San Angel la noche en que le siguió el mendigo.

No bien acabó de pronunciar aquellas palabras, cuando se oyeron pasos de alguno que se acercaba precipitadamente dentro de la habitación.

La puerta se abrió casi al mismo tiempo, y el misterioso personaje penetró en la pieza.

—¿Qué ocurre?

Preguntó sobresaltado el que había abierto la puerta, y que era uno de los personajes que el lector tuvo ocasión de conocer en la casa que escaló Nuñez en San Angel.

—¿Están ahí los demas compañeros?

—Sí señor.

—¿Durmiendo?

—Sí señor: como hemos de salir antes de rayar el alba, se han acostado, y yo solo me he quedado esperando á vd. para ver si tenia algo que disponer.

—Ya nada: solo que no me ensillen el caballo.

—¿Cómo!

—Porque ya no salgo mañana.

—¿Se queda vd?

—Sí; me detiene un asunto de suma importancia.

—Está bien.

—Se marcharán vdes. solos, por ahora, y yo les iré á encontrar dentro de algunos dias.

—¿Y qué debo hacer al llegar?

—Aquí tiene vd. las instrucciones:—dijo el de la barba larga, entregándole un papel doblado:—Obre vd. como en ese escrito ordeno.

—Así lo haré.

—¿Y el preso Ricardo?

—Perfectamente asegurado en nuestro palacio subterráneo.

—¿Firme en su propósito de no acceder á mis proposiciones?

—Terco y testarudo como siempre.

—Está bien; el se amansará.

—¿Y qué conducta debo seguir con él?

—La misma que se ha observado hasta aquí. Veremos despues lo que hacemos con él. Por ahora parta vd. al rayar la aurora y yo me presentaré allí dentro de pocos días.

—Está muy bien. Pero siéntese vd.: estaba tomando el café, y si vd. gusta tomarlo....

—Bien, tomaré una taza, y mientras le daré á vd. algunas instrucciones que juzgo convenientes.

—Corriente.

Y ambos penetraron en una sala pequeña con pavimento de madera, y se sentaron junto á una mesa de pino sin pintar que habia en medio.

Núñez, entre tanto, esperaba inquieto en la solitaria plazuela.

El deseo de apoderarse de aquel hombre le tenia inquieto, y los instantes que transcurrian se le hacian siglos.

De repente cruzó por su mente una idea que le sobresaltó sobremanera.

Pensó que aquél malvado podia salir acompañado de algunos compañeros, y de

jar burladas las esperanzas que habia concebido.

Núñez tenia un valor á toda prueba, manejaba la espada, de que siempre iba provisto de noche, como era costumbre en México en aquella época, con admirable destreza; pero conocia que intentar detener á muchos, seria hacer estéril sacrificio de su vida.

Esta idea le hizo levantarse del poyo que ocupaba, y ponerse á pasear enfrente á la puerta en que esperaba, meditando en lo que debia hacer.

Casi se arrepentia de no haberle atajado el paso antes de que hubiese entrado en la quinta.

Muchas veces pensó que lo mas prudente seria dar parte al alcalde mas inmediato, para que procediese á la aprehension del criminal; pero otras tantas renunciaba á esta idea, temiendo se ausentase ínterin él se dirijia en busca de la autoridad.

Por otra parte, conocia que, permanecer allí, solo, era exponerse á que, si se presentaba acompañado y le conocian, le ase-

sinaran impunemente, puesto que ninguno transitaba por la lúgubre plazuela.

Núñez, pues, no sabía qué resolución tomar.

De repente oyó dentro del patio los pasos de alguno que se acercaba á la puerta.

Núñez no dudó que sería el hombre que esperaba, y temiendo que saliese acompañado, se retiró á toda prisa del sitio que ocupaba, y se ocultó detras de uno de los montes de basura que se encontraban intermedios entre la calle del Puente del Rosario y la que desemboca en la de los Siete Príncipes, únicas que podía tomar para dirigirse á la ciudad.

Casi al mismo tiempo que se colocaba en acecho, se abrió la puerta de la Quinta, y se dejó ver el hombre de la barba larga, solo.

El corazón de Núñez saltó de placer dentro del pecho.

Veía próximo el momento de apoderarse de aquel malvado, causa de la mancha que pesaba sobre la honra de su amigo Leopoldo

do y de las lágrimas de la protectora de la hermosa Clotilde.

Ni por un momento le asaltó el temor de que él podía acaso sucumbir á los golpes de la espada del que se proponía atacar.

Entre tanto el de la barba larga avanzaba sin recelo, aunque llevando siempre desenvainada la espada debajo de la capa, por ser aquel sitio peligroso de noche.

La oscuridad era completa.

El silencio que reinaba por todas partes, sepulcral.

Solo de vez en cuando se veía interrumpido por el fatídico aleteo de los negros zopilotes que guarnecían la larga y pavorosa azotea del miserable hospital de S. Lázaro, y el pequeño campanario de la humilde iglesia.

De repente el embozado se detuvo.

Dirigiendo la vista hácia el monte de basura á que estaba próximo, creyó ver la sombra de un hombre, y se desembozó para defenderse en caso de ser acometido.

Núñez que advirtió aquel movimiento que le indicaba haber sido visto, no quiso

esperar mas tiempo, y salió á su encuentro blandiendo su temible espada.

El de la barba, al ver el arma con que le acometian y á un hombre solo, conoció que no era un asesino que salia con intento de despojarle de lo que llevaba, sino algun enemigo personal que trataba de quitarle la vida en buena lid.

Sin embargo, pronto conoció que su contrario no intentaba matarle, pues no le tiraba estocadas peligrosas, sino acertados golpes, con objeto de desarmarle.

Esta conviccion le hizo recobrar toda su serenidad; y confiado en la intencion que habia traslucido en su acometedor, le dirigia furibundas y terribles estocadas, que Nuñez las quitaba con una destreza y facilidad admirables.

Sin embargo el hombre de la barba larga, no era un enemigo despreciable.

Su brazo era vigoroso, y sus golpes diestros y al fondo.

Nuñez sintió penetrar en su cuerpo la punta de la hoja de su contrario, y lanzó un quejido.

—¡Mis crímenes! ¿Y cuáles son esos?
—Tú lo sabes lo mismo que yo, y en el cuaderno que es tu principal acusador, están formulados.

—¿En el cuaderno?

—Sí; en el cuaderno. Muy lejos estabas de pensar que el inicuo héroe que figura en ese manuscrito, fuera el Duval que disputaba á mi amigo Leopoldo la mano de la virtuosa C^olotilde. ¿Y sabes tú quién es ese miserable mendigo á quien negaste una limosna, le heriste, y que ahora te tiene en su poder?

—¿Y qué me importa á mi saberlo?

—Mas de lo que te parece, para atormentarte.

—Nada temo.

—Pues ese miserable mendigo es....

—Acabad, y dejadme de una vez.

—Es.... el dependiente de la casa de D. Manuel Turon, de Guadalajara, en donde cobrastes las libranzas falsificadas, en nombre del señor Cabrera, padre de mi amigo Leopoldo.

—¿Qué oigo!

—Sí.

—¿Y qué me importa que lo seas?—Exclamó Duval con desprecio, inspirado por una idea salvadora para él:—¿Qué me importa que conozcas todos mis crímenes, si no tienes poder para perderme?

—La justicia, á la cual voy á entregarte yo mismo ahora, lo tendrá para purgar la tierra de un monstruo.

Dijo Nuñez soltándole del cuello y dejándole que se pusiese en pié.

—¿La justicia!—Dijo Duval con tono burlesco:—Te guardarás muy bien de conducirme ante ella.

—¿Por qué?

—Porque el dia en que los que llamas mis cómplices supiesen que yo estaba en poder de los magistrados, en ese dia pereceria al golpe del puñal ó del veneno, el amante de Inés, de esa mujer á quien tanto aprecias y que dispensa singular proteccion á Leopoldo.

Nuñez se puso blanco como un papel.

Conocia toda la fuerza de aquella amenaza, y tembló.

Creia á Duval capaz de los mayores crímenes, y no dudó de que realizaria su promesa si le ponía en manos de la justicia.

Sin embargo, conociendo que manifestar temor equivaldria á quedar desarmado ante aquel hombre criminal, trató de ocultar sus recelos, y revistiéndose de una calma y serenidad que estaba muy lejos de disfrutar, contestó con voz segura y fuerte.

—Pero los tribunales le obligarán á vd. á que descubra el sitio en que se ocultan sus infames socios, y á revelar sus nombres.

—Los tribunales tendrán poder para mandar que me quiten la vida, pero no para denunciar á mis compañeros, que vengarán mi sangre con la sangre de Ricardo: del padre de Clotilde.

—¿Cómo! ¿Cree vd. que ese hombre sea...

—El padre de Clotilde.... ¡el seductor de Inés....!

—Las pruebas.

—Cuenta vd. los años que lleva de pertenecerme y la edad de esa jóven, que es el vivo retrato de la bella Inés.... Busque vd. las causas de ese cariño, que la hermana de

D. Emilio profesa á Clotilde.... y vd. con vendrá en que, indicios tan vehementes, equivalen á pruebas irrecusables.

—¡Dios mío! Pero no, no puede ser.... ¡Vd. es un impostor! La virtud de Inés es pura y acrisolada.

—No tengo empeño en persuadir de lo contrario.

Dijo Duval con la mayor indiferencia.

Núñez se quedó pensativo, meditando sobre lo que acababa de oír.

¿Sería verdad lo que sus oídos habían escuchado?

La indiferencia y aplomo de aquel malvado inducían á creerlo.

Núñez empezó á temer que Duval tuviese razón.

¡Tanto influye sobre nuestro ánimo la palabra, aun del mas desconceptuado de los hombres, cuando se dirige á atacar la honra de la mas justificada de las personas!

—¡Y qué me importa á mí—pensó interiormente—que sea cierto lo que dice Duval? Si Clotilde es, en efecto, hija de Inés, mayor motivo para procurar su dicha y sal-

var al hombre que gime en oscura prision.

Duval que leía en el silencio y la fisonomía de su interlocutor los pensamientos que ocupaban su mente, le dijo:

—Ya ve vd., pues, señor Núñez, que con delatarme no conseguiría vd. otro cosa que la muerte de mi cautivo, y cubrir de luto el corazón de tres personas que aprecia vd. con toda el alma. Si vd. me entrega á la justicia, ¿qué adelantaría con descubrir el sitio en que oculto á Ricardo? ¿Me salvaría con decirlo, de la muerte? No: luego si me habían de quitar la vida de todas maneras, que sea castigando al que es causa de mi sentencia.

—¿Es decir que vd. no teme presentarse al Eterno, manchado con la sangre de nuevas é inocentes víctimas?

—Solo sé que la venganza está antes que la eternidad.

—Pues bien, no trato de perder á vd.: le dejo á vd. en libertad y le prometo no hablar nada de lo que ha pasado, si me asegura vd. por su parte, dejar libre al desventurado amante de Inés, y renuncia vd. para

siempre á la posesion de la mano de la hermosa Clotilde.

—No soy yo el que debo recibir condiciones, sino quien debe imponérselas, y terminantes.

—¡Cómo!

—Sí; le juro á vd. que si revela á nadie la menor cosa que pueda comprometerme, ese dia dejará de existir Ricardo.

—¿Es decir que me amenaza vd?

—No, no hago mas que tomarme la libertad de hacerle una advertencia. Adios: nada tengo que agregar á lo dicho: sois dueño de todos mis secretos, pero yo soy dueño de la vida del padre de Clotilde.

Y sin cuidarse de la ira que devoraba interiormente á Nuñez, se dirigió á levantar la espada que se hallaba á algunos pasos de él, la guardó en la vaina, y se alejó hácia el centro de la ciudad sin que su contrario osase detenerle por temor de que realizase sus terribles amenazas.

—¡Oh! ¡el infierno protege á ese malvado!—Exclamó Nuñez vendándose una ligera herida que habia recibido en el brazo:—

Habia recibido una herida, y la sangre empezaba á correr de ella.

Su contrario, alentado con aquella ventaja, y creyendo ya seguro el triunfo, le acometió con mas vigor.

Nuñez, enardecido á su vez con el dolor de la herida, redobló sus golpes sobre su antagonista, quien no pudiendo pararlos con la prontitud que eran dirigidos, empezó á perder terreno, acosado siempre de Nuñez, cuya espada era un molinete que amenazaba á todas partes á la vez.

Batiéndose en retirada marchaba el de la barba, y sin poder hacer pié en ninguna parte, cuando sintió que saltaba el acero de su mano, yendo á caer á larga distancia de él.

Nuñez le habia desarmado.

Espantado, y temiendo que le quitase la vida, trató de huir, pero tropezando con una enorme piedra que estaba detras de él, cayó al suelo de espaldas, exhalando una imprecacion.

Pero no solamente era de la espada de

la que se vió despojado, sino que al caer en tierra, se le desprendió de su rostro la larga barba que le cubria, y que hacia imponente su faz.

Nuñez se lanzó entonces sobre él, y al asirle del cuello y fijar los ojos en su contrario, exclamó lleno de asombro:

—¡Duval!

—¡El mendigo!

Dijo á su vez el vencido, rechinando los dientes con furor.

—Sí; el miserable mendigo á quien negaste una limosna en el átrio de la iglesia de S. Angel; el miserable mendigo con quien tropezaste la noche en que te dirijias á visitar á tus cómplices; el miserable mendigo que te siguió hasta la maldecida casa, en que le heriste; el miserable mendigo que se apoderó del manuscrito de la víctima que tienes en tu poder hace muchos años; el miserable mendigo que esta noche destruyó en la capilla tus proyectos de union, y el que ahora está resuelto á entregarte al brazo de la jutticia, revelando tus crímenes.

Pero el cielo pondrá término á sus horrendos crímenes.

Y Nuñez quedó un instante quieto, asombrado del descubrimiento que acababa de hacer y pensando en la conducta que debia observar.

Le parecia imposible que no hubiese reconocido hasta entonces en Duval al hombre de la barba larga que falsificó las libranzas, haciendo caer un borron de infamia sobre el padre de Leopoldo.

Cierto es que cuando se presentó á cobrarlas era casi al espirar la tarde; que Nuñez solo le señaló el sitio en que estaba el principal que debia pagarlas, y que la poca claridad que habia en aquel instante en el almacen, apenas permitia examinar detenidamente las facciones.

Ademas, Duval era de escasa ceja, y cuando se disfrazaba con su larga barba, que era al oscurecer y en las noches que andaba en alguna intriga, se pegaba unas cejas espesas y perfectas que hacian imposible reconocerlo.

Nuñez, sin embargo, se acusaba de poco

perspicaz, y disgustado y triste con el resultado que habia tenido su empresa, se dirigió á su casa discurriendo el modo de vencer de aquel hombre sin comprometer la vida del amante de Inés.

FIN DEL TOMO TERCERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TERCER TOMO.

CAP. I.— <i>La maestra de escuela</i>	2
CAP. II.— <i>¿Está loca?</i>	36
CAP. III.— <i>La casa del jugador</i>	63
CAP. IV.— <i>Los dos artistas</i>	86
CAP. V.— <i>La Meditacion</i>	102
CAP. VI.— <i>El Concierto</i>	143
CAP. VII.— <i>Despues del concierto</i>	214
CAP. VIII.— <i>La prision</i>	230
CAP. IX.— <i>La feria de Tlalpam</i>	254
CAP. X.— <i>Continúa la feria</i>	273
CAP. XI.— <i>Una sorpresa</i>	307
CAP. XII.— <i>Sentimientos del alma</i>	332
CAP. XIII.— <i>Una declaracion inesperada</i>	339
CAP. XIV.— <i>Concluye Soledad su historia</i>	376
CAP. XV.— <i>Mi felicidad por su honra</i>	398
CAP. XVI.— <i>Tras un documento</i>	423
CAP. XVII.— <i>Una acusacion</i>	430
CAP. XVIII.— <i>En la capilla</i>	447
CAP. XIX.— <i>Consecuencias del juego</i>	467
CAP. XX.— <i>La separacion</i>	481
CAP. XXI.— <i>Proyectos de muerte</i>	500
CAP. XXII.— <i>Una escena sangrienta</i>	516
CAP. XXIII.— <i>Un encuentro</i>	532

